CARTELES POLÍTICOS –NICARAGUA 1979-1990

Las mujeres y la Revolución del 79: las reliquias hablan

Sofía Montenegro

Como restos de una época y sucesos pasados, esta colección de carteles políticos de la Nicaragua de la década revolucionaria, es una verdadera reliquia. Estos carteles son a su vez relatos que aluden a un tiempo y a un contexto particular, que para ser comprendidos tienen que ser ordenados o interpretados. Esta es una operación más propia de la historia que de una memoria personal, aunque ciertamente, ésta resulta implicada. Mi texto es por lo tanto una memoria particular no sólo porque tiene como material los recuerdos de la vida propia en relación con un hecho político de la magnitud de la revolución, sino porque implica a un colectivo, el de las mujeres, cuya voz y presencia suele relegarse al olvido.

Estas reliquias, sin embargo, atestiguan la presencia numerosa y activa de las mujeres durante la revolución, así como del discurso de género imperante entre 1979-1990. Este período corresponde a un segundo gran momento histórico del Movimiento de Mujeres de Nicaragua, cuyo origen puede remontarse al período de las luchas independentistas contra España.

En nuestra incipiente historiografía feminista, la época de los carteles corresponde a la "segunda ola" del movimiento, tipificado como el de "compañeras de la revolución". Los núcleos organizativos precursores de la segunda ola, se remontan a los años 50 y eclosionan a fines de los 70 con el surgimiento de una organización de mujeres activistas de los derechos humanos[1]. Esta organización de mujeres reclamaba por los presos políticos y desaparecidos en medio de la creciente represión e inconformidad social desde antes de la caída de la dictadura de Somoza.

Para mediados del 78 –en medio de los preparativos de la primera insurrección nacional liderada por el FSLN- las mujeres se movilizaban alrededor de banderas políticas desde su rol de madres, esposas o hijas desde una conciencia para "otros": por la vida de los hijos/as, maridos o padres. Fue tal su beligerancia en las insurrecciones que para 1979 habían clandestinizado sus estructuras y muchas de sus activistas se habían sumado a la lucha armada.

[1] Se trata de la Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional (AMPRONAC)

De *Mater Dolorosa* a combatiente en armas. La foto antigua, muestra a una mujer y sus hijos víctimas de la invasión de EU en la década de los 30. La foto tomada 50 años después, muestra a una joven mujer en armas, en este cartel alusivo a la insurrección de 1979.

Esta experiencia hizo visible el potencial de la participación femenina y fue determinante para que el FSLN se propusiera incorporar a las mujeres tras el triunfo de la revolución, siendo reorganizada bajo el nombre de Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza(AMNLAE) en memoria de la militante sandinista de ese mismo nombre. Surgió así como organización femenina única, con carácter parapartidario y con una perspectiva clasista.

El esbozo del rostro de Luisa Amanda aparece en este afiche del 3 de abril de 1980 en el que se conmemora su caída diez años atrás.

Con el triunfo de la revolución del 79 se abrió un espacio de continuidad para el movimiento y de mayores posibilidades de participación para las mujeres en la esfera pública, así como para la introducción de nuevas perspectivas sobre su realidad. Dado que el pensamiento oficial del sandinismo era que la emancipación femenina se aseguraba con que las mujeres participaran en la revolución, AMNLAE emergió orgánicamente vinculada al partido en el poder, cuyas prioridades determinaban su agenda política y su quehacer social. La organización femenina única fue dotada con similares tareas y estructuras que las demás organizaciones de masas creadas por el sandinismo y no tuvo autonomía para desarrollar una identidad ni un modelo organizativo propio, adecuado para las mujeres y el objetivo planteado de la emancipación.

La existencia de una organización sólo de mujeres era vista con recelo sino con franca hostilidad, por los prejuicios sexistas imperantes entre los revolucionarios, en tanto el discurso feminista era tipificado como un discurso "divisionista", "antihombres" o incluso, "burgués". Para garantizar el rumbo de la organización se ubicó en su conducción a mujeres líderes del partido, con estilos y métodos de trabajo centralistas y verticales.

Sin embargo, desde los inicios de la revolución estuvieron incorporadas a AMNLAE una minoría de mujeres que se reconocían como feministas, que profesionalmente laboraban en diversos espacios mixtos (partido, sindicatos, gremios, Estado). Este pequeño grupo dio una ardua lucha por incorporar la crítica feminista en el quehacer de cada uno de estos espacios y por el reconocimiento de los derechos específicos de las

mujeres y de sus intereses estratégicos. Estas feministas proporcionaron el liderazgo intelectual para la gestación y posterior desarrollo de la organización de las fuerzas femeninas a contracorriente de las posiciones oficiales.

Durante los once años de gobierno sandinista, AMNLAE vivió tres etapas que iban a marcar el devenir del movimiento de mujeres y su participación:

Etapas de la organización única de mujeres (AMNLAE)

1980-84	Etapa de defensa de los intereses nacionales
1984-87	Etapa de los intereses de la defensa militar
1987-90	Etapa de los intereses sectoriales

En el partido y en las organizaciones populares afines imperaba la concepción tradicional de un sujeto privilegiado de la revolución (el proletariado) donde las mujeres en general eran vistas como "factor agregado" al proceso de cambio social. Dentro de éstas sólo eran consideradas como importantes las que pertenecían a las así llamadas "fuerzas motrices" de la revolución: obreras, campesinas y "pobladoras", que era el sector de mujeres que vivían en los barrios más pobres o marginales de las zonas urbanas y que se ubicaban en el sector informal de la economía. El resto de las mujeres eran vistas de manera instrumental y consideradas potencialmente desleales o débiles en su compromiso político por su origen de clase "pequeño-burgués" o burgués. Por ello, en los tres períodos de AMNLAE, la organización nunca tuvo ni estrategias ni discursos que apuntaran con claridad a la consecución de los proclamados objetivos de la emancipación femenina.

Este afiche de AMNLAE de 1980, invita a las mujeres a participar en las tareas fundamentales de la revolución. La tarea principal de ese año fue la de la Alfabetización. Otra tarea importante a la que eran llamadas las mujeres era a la de la reconstrucción, el trabajo voluntario y a ingresar en las milicias, como lo refleja el siguiente cartel correspondiente también a la primera etapa de AMNLAE. El gráfico muestra al inicio una madre que carga un niño y viste de faldas. Al final de su metamorfosis aparece como una combatiente con pantalones militares y con un rifle en alto, pero siempre cargando al niño. La consigna dice: "¡Todas a las milicias!".

El discurso de la emancipación y la apelación a las mujeres como sujetos por derecho propio, ni se mantuvo ni duró mucho. Rápidamente cedió su lugar a la tradicional visión masculina de las mujeres casi exclusivamente como madres y garantes de la vida de los hijos. Las mujeres activas y militantes, eran vistas como "compañeras de la revolución", algo así como las esposas subordinadas al marido-partido.

El cartel siguiente muestra a las mujeres en su doble rol tradicional de esposa-madre: una tropa de compañeras milicianas por delante y un grupo de madres de alfabetizadores asesinados, por detrás. El cartel dice: "Por la sangre de nuestros muertos, y el futuro de nuestros hijos defendemos la revolución".

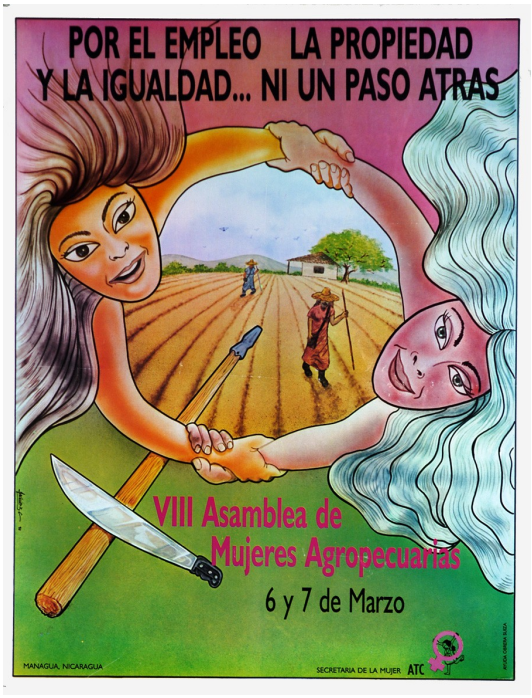
A lo largo de la década revolucionaria a través casi todos los medios se sublimó y reforzó la figura de la madre como un ser espiritualmente superior, en quien se ensalzaba el auto-sacrificio. La abnegación y el auto-sacrificio es la norma social que requiere que las mujeres olviden sus propios derechos e intereses, a fin de que se mantengan dentro de los confines de su sumisión.

Las madres con hijos en los frentes de combate se engancharon en servicios de apoyo (comida, ropa, medicinas, etc) mientras por otro lado, se honraba a las madres de los caídos durante las ceremonias públicas y actos de masas. Las madres que la revolución honraba eran fundamentalmente "las de los héroes y mártires", el vientre que se bendecía era aquel "que parió un hijo sandinista" y la madre que se denigraba era la del enemigo: "¡Qué se rinda tu madre!" era la consigna gritada en plazas, titulares de los periódicos y en medio de los encarnizados combates. El cartel del 30 de Mayo (día de la madre) de 1983, es emblemático de este discurso dirigido a las mujeres. Una madre y su hija alfabetizadora sirven de fondo para la silueta recortada de un soldado. El cartel dice: "Madre, tu heroísmo sustenta la moral del combatiente".

Paralelamente, la derecha política y la contrarrevolución armada utilizaban la misma retórica y la misma simbólica de la madre. Para estos la madre ha sido la gran transmisora de la fe, una maestra de ideales, el eslabón de la tradición cristiana de Nicaragua y la mitad espiritual de una unión marital. En las páginas de La Prensa, por ejemplo, las madres eran "luchadoras por la democracia y la libertad" y aquellas madres que contaban en su contradiscurso eran fundamentalmente las "madres de presos políticos".

Pese a toda la contienda simbólica alrededor de la figura de las mujeres como madres, a mediados de los 80 surgieron iniciativas que cuestionaron esta instrumentalización y evidenciaron las desiguales relaciones de poder entre hombres y mujeres tanto en el ámbito público como dentro de la familia. Las feministas dentro y fuera de AMNLAE proponían encarar las contradicciones y no postergar la lucha por los derechos de las mujeres. Así, realizaron un intenso trabajo educativo y político sobre temas considerados "tabú" por el FSLN (violencia genérica, sexualidad, aborto, trabajo doméstico, desigualdades y discriminación) que fueron de suma importancia para el desarrollo de la identidad de género entre amplios sectores de mujeres y para hacer avanzar el trabajo de la organización oficial. Un reflejo de ello es el siguiente cartel de AMNLAE de 1985, que invita a las mujeres a conocer sus derechos sobre problemas considerados individuales y de carácter privado: divorcio, pensión alimenticia y maltrato conyugal. Para ese momento las mujeres organizadas ya habían establecido oficinas legales para recoger las denuncias contra los "compañeros" que las maltrataban.

El discurso feminista se fue extendiendo tanto en la ciudad como en el campo, dentro de las organizaciones e instituciones, generando nuevas reivindicaciones de las mujeres sobre distintos temas. Este cartel alusivo a la VIII Asamblea de Mujeres Agropecuarias publicado por la Secretaría de la Mujer de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) deja bien claro a qué nivel se habían elevado las demandas de las mujeres en el reclamo de sus derechos: "Por el empleo, la propiedad y la igualdad... ni un paso atrás".



Casi al finalizar la década había ocurrido la formación de un consenso en las redes sociales de las mujeres, por cuanto la contradicción entre el rol tradicional y su participación política, así como la incongruencia entre el discurso revolucionario y la práctica de los hombres, las había llevado a problematizar y a cuestionar las políticas y discursos de la revolución.

Esto llevó a evolucionar la conciencia de las mujeres de un "ser para otros" a un "ser para sí". Para 1987 el debate y la presión de las mujeres había obligado al FSLN a emitir una suerte de declaración de compromiso de lucha contra la subordinación femenina[2]. Para ese momento las mujeres como "compañeras de la revolución", ya habían desbordado las fronteras de la "organización única" de AMNLAE y se organizaban como sectores por todo el país, cuestionando los roles tradicionales y la preeminencia de los varones, pero también demandando la democratización de AMNLAE y del FSLN.

El empuje fue tal que el creciente movimiento logró que en la Constitución de 1987 quedara plasmada la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Este fue el punto de inflexión a partir del cual se comenzaron a diversificar las expresiones organizativas de las mujeres y a diferenciar sus identidades, expresadas en la lucha por los así llamados "intereses sectoriales" (la clase) combinados con una emergente conciencia feminista (el género), que significó el inicio del tránsito de una organización única a la concepción de movimiento amplio y heterogéneo, aunque sin plena autonomía política e ideológica.

Los fallidos intentos posteriores de democratización de AMNLAE y de sus líneas de trabajo, desembocaron finalmente en la ruptura con las feministas y la secesión de las secretarías y grupos de mujeres tras la derrota electoral sufrida por el FSLN en 1990. La transición se inauguró con el triunfo de Violeta Barrios de Chamorro, que llegó al poder como epítome de la "buena madre" y de la feminidad tradicional tantas veces invocada por la revolución y la contrarrevolución. Como la virgen María, a la cual se rinde culto en Nicaragua, Chamorro simbolizaba una Madre de la Paz en medio de un sentimiento de orfandad y soledad generalizada en los bandos contendientes: la caída de los países socialistas por un lado y el abandono de los contras por Estados Unidos, del otro.

Tras la derrota electoral, se firmó el Protocolo de Transición, un acuerdo negociado entre el FSLN y la Unión Nacional Opositora (UNO), la coalición entrante, como resultado de la búsqueda de viabilidad para

[2] Proclama del FSLN sobre la mujer, 1987.

el proceso político y el cambio de gobierno en Nicaragua. Al año siguiente se dio la primera Concertación Social entre el gobierno Chamorro, los empresarios y los sindicatos sandinistas, con el fin de buscar un acuerdo para distribuir los costos del ajuste estructural en función del libre mercado y que implicaba el comienzo de la privatización de los bienes del estado y el desmantelamiento de la revolución.

El cartel siguiente corresponde a los comienzos de la transición política en Nicaragua y fue emitido en ocasión del 8 de marzo de 1991. Un hombre común de rostro afligido hace una pinta en un muro que dice: "Concertación sin claudicación en el país... mientras una mujer con rostro sonriente y con su propia brocha agrega "**Y en la casa**". Para esa misma fecha se produjo la ruptura entre AMNLAE y grandes contingentes de mujeres que eran afiliadas a la organización y que marcó la emergencia del Movimiento Autónomo de Mujeres y una nueva etapa en su desarrollo.

El golpe de la derrota electoral propinado al Estado sandinista y al partido, significó una segunda oportunidad política para las feministas en tanto facilitó los esfuerzos de los distintos grupos de mujeres de disociarse de la vigilancia y el control partidario y de la movilización dirigida. Para reorganizarse desde la autonomía y de cara a las nuevas condiciones políticas las feministas organizaron el Primer Encuentro Nacional de Mujeres Nicaragüenses por la Unidad en la Diversidad, a principios de 1992. Más de 800 mujeres de todo el país se autoconvocaron para discutir durante tres días el futuro del movimiento y su propia agenda de futuro, aquella que la revolución escasamente reconoció. El cartel marca un hito en la historia del movimiento: el símbolo femenino y una rueda de mujeres tomadas de las manos como emblema de una comunidad autónoma.

En la primera mitad de los 90 el Movimiento Autónomo de Mujeres vivió un proceso de acelerado crecimiento y expansión, formándose la misma cantidad de organizaciones de mujeres en cinco años, que en toda la década anterior. A partir de las elecciones de 1996 y con la llegada de la administración liberal encabezada por Arnoldo Alemán, el movimiento entró en una fase de repliegue y de autonomía defensiva, por un lado y por otro, en un creciente proceso de fragmentación en la medida en que se diversificaba. Desde el 90 el modelo económico basado en la exclusión social se profundizó, mientras el proceso de democratización se truncó en 1996 con el establecimiento forzado del bipartidismo entre el FSLN y el Partido Liberal Constitucionalista, que se profundizó con la repartición del poder entre ambos partidos por medio de pactos políticos. Estos arreglos ilegítimos y antidemocráticos han dado lugar a una profunda crisis institucional en tanto los caudillos Daniel Ortega y su socio "adversario" Arnoldo Alemán, han convertido a las principales instituciones del país en instrumentos de sus intereses personales y partidistas.

La corrupción institucionalizada y el abuso sistemático de poder promovidos por Ortega y Alemán han dejado a las instituciones públicas huérfanas de credibilidad y carentes de toda legitimidad y a la sociedad como rehén de ambos partidos. Veintisiete años después de la revolución, el FSLN es hoy un partido tradicional, reaccionario y cuasi-confesional, pues en su búsqueda de permanencia en el poder, su liderazgo a establecido además una insólita alianza con el notorio Cardenal Miguel Obando y Bravo y por ende, con las fuerzas fundamentalistas que representa, en detrimento de los derechos de las mujeres y de la laicidad del estado.

Todo ello ha complejizado el escenario adverso en el que se ha debatido y defendido el movimiento, ante la tendencia de regresión autoritaria, una agenda neo-conservadora en lo social y neoliberal en lo económico y un creciente incremento de la pobreza. Sin embargo, el Movimiento Autónomo de Mujeres no sólo ha logrado sobrevivir, crecer y desarrollarse, sino que ha entrado en una nueva fase de reorganización y de lucha.

A fines del 2005, el MAM se dotó de una plataforma programática, de una estructura y de un liderazgo común, para rearticular la acción política de las mujeres. El movimiento sostiene que a fin de que las reivindicaciones de género encuentren satisfacción, se requiere como precondición el restablecimiento y desarrollo de una verdadera institucionalidad democrática en Nicaragua, la instalación de un Estado de Derecho y la llegada al poder de fuerzas políticas demócratas y progresistas.

Una de las claves de la supervivencia y fortaleza del Movimiento, fue el desarrollo de su autonomía a partir de la construcción de una identidad de género, que se convirtió en un instrumento efectivo para desmarcarse de los intereses partidarios y para la movilización. La experiencia histórica también nos indica que para construir una democracia verdadera, paritaria, equitativa y justa, las mujeres deben retornar a la lucha política desde una posición de sujetos políticos republicanos, con el derecho y la capacidad para interpelar y transformar el poder masculino que controla al Estado y a su patriarcal régimen de género. Esta es la revolución por la que seguimos apostando las mujeres.

Y en cuanto a la izquierda... habrá que re-fundarla o re-inventarla. Será feminista, democrática y paritaria, o no será.

Managua, Marzo de 2006.